

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 fr.
—Número suelto, 0'05 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.
La correspondencia al Administrador.

Quejas al vaeío

Venimos hace tiempo llamando la atención del Sr. Alcalde acerca del intolerable abuso que á ciencia y paciencia de los dependientes de la autoridad, se viene cometiendo, muy particularmente en la calle de la Marina Española.

Ayer con motivo de la llegada del vapor correo francés se puso una vez más de manifiesto el abuso que vanimos denunciando.

Los pasajeros de dicho vapor que desembarcaron, al penetrar en cualquiera de los cafés situados en la dicha calle se veían continuamente molestados, por vendedores de periódicos, de tarjetas postales, de pastillas de jabón, de billetes de lotería, de calcetines, de botaneros y de niñas pordioseras que llevaban en sus brazos inocentes criaturas imploraban la caridad pública.

Esto verdaderamente dice muy mal de una población de la cultura como la nuestra y seguramente los extranjeros que en los días de escala de los correos franceses nos visitan, se llevarán mala impresión de esta ciudad.

Justo es que esa clase de industriales se busque el sustento con las ventas de artículos á que se dedican pero justo es también que las autoridades velen por que no abusen molestando con sus ofertas y con sus demandas los otros.

Confiamos en que el Alcalde accidental Sr. Más, ordenará á sus dependientes que ejerzan la debida vigilancia para que éstos hechos no se repitan con la frecuencia con que vienen sucediéndose en la principal calle de nuestra población.

El trabajo de las mujeres y los niños

La ley de 13 de Marzo de 1900 y el reglamento para su aplicación, disponen que no podrán ser admitidos en los establecimientos industriales y mercantiles los niños, jóvenes y mujeres que no presenten los certificados que en dichas disposiciones se expresan.

En su consecuencia, por el ministerio de la Gobernación se ha dictado una real orden disponiendo:

1.º Que estas certificaciones se expidan por los alcaldes y por los médicos gratuitamente

2.º Que el Instituto de Reformas Sociales facilite los modelos de impresos en los que habrán de extenderse las mencionadas certificaciones, que no tendrán valor alguno para fines distintos al del cumplimiento de los preceptos de la citada ley y del reglamento para su aplicación.

Mis dos amores

Como la tierra fértil y fecunda al sol brillante que de la leunda; como la playa al mar que la acaricia beando sus arenas con codicia; como el ave á la selva en que ha nacido y en que de amor formó su primer nido; como á la libertad el prisionero y á la gloria el poeta y el guerrero, así quiere mi alma ciegamente, con amor reverente, á una anciana de aspecto venerable que en su mirada amable, con que me mira, guarda tesoros de caridad santo.

Como el cerebro á la genial idea que en él se engendra y que el invento crea; como el rosal á espléndido capullo que muestra entre sus hojas con orgullo antes que se convierta en flor lozana; como el astro á la luz que de él emana, así también adoro con locura á una linda y galana criatura tesoro de amor y gentileza que de mí ser aleja la tristeza.

Y cuando de la vida los azares me traen contratiempos y pesares y la pena cruenta, con implacable sarta me atormenta, mi alma acongojada se cobija en los amantes brazos de mi hija ó busca su consuelo en la mirada de mi madre adorada.

Emilio Catarineu.

Notas Alegres

Actualidades

En Sajonia se ha introducido una novedad relacionada con el servicio doméstico, y que acaso daría buenos frutos si se introdujera en España.

Redúcese á crear una condecoración nueva con el título de «Orden del Mérito de los Criados», y se concederá á los de ambos sexos que lleven treinta años sirviendo en una misma familia.

En Prusia existía desde hace ya mucho tiempo una condecoración análoga, pero exclusiva de mujeres, y que se concede á las que llevan cuarenta años en una casa.

El procedimiento podría dar buenos resultados en España, reduciendo los plazos; por ejemplo, la criada que llevase un mes entero en una casa tendría derecho á la cruz sencilla; al cumplir el primer trimestre lograría la encomienda, y al medio año la gran cruz.

Estos plazos son los únicos posibles dentro de las costumbres españolas, donde las entradas y salidas de las criadas, por lo injustificadas y frecuentes, parecen obra de los autores dramáticos que ahora se estilan.

Una criada que mereciera cruz de la Constanca, sería aquí un verdadero colmo.

—Hombre—decías anoche en una tertulia—¿quiere usted creer que en casa de don Fulano las criadas no van nunca á misa?

—En casa de don Felano, que es tan piadoso... ¡Vaya, eso no es creíble!

—Es que ninguna criada llega en esa casa al domingo, aunque entre en sábado.

Las criadas españolas no son tampoco muy afectas á ciertas distinciones honoríficas, preferirían desde luego otras ventajosas. Por ejemplo, ellas permanecerían más tiempo en las casas si desde el primer momento se renunciara á ajustarles la cuenta cuando regresan de la compra y se les consistiera salir todos los días buenos, y que en los de irlo y lluviosos pudieran convertir la cocina en un cuerpo de guardia, dadas las añiciones á los hijos de Marte.

En los criados sería más fácil encontrar quienes prefirieran las condecoraciones, aunque sólo fuese para contestar, al ser llamados para llevar las botas al amo:

—Advierto al señor que tengo tratamiento.

La verdad es que el servicio doméstico está en Madrid que da grima verlo, y que, gracias á Felipe Pérez y á Chueca, no hay doméstica que deje de cantar el tango

Pobre... chica... la que tiene que servir,

para declarar en él que después de haber consultado con su conciencia, ésta la aconseja que aprendiera á «sitar».

Hoy las criadas son la representación del movimiento continuo en el mudar de casas y la de la inercia en el trabajo. Visten como sus señoras,

discuten la cantidad y calidad de sus quehaceres, fijan las horas de la comida, aconsejan á sus amos y aspiran á llevar en unión de sus amos, si éstos son viudos, la dirección de la familia.

Si se les habla de las condecoraciones alejadas, concedidas á los treinta ó cuarenta años de servicios, darán una carcajada.

—¿Para qué más cruz que el servicio?—dirán ellas para sí, mientras que se peinan encima del gucheiro ó se comen la mayor tajada de la cena.

Mis impresiones

Hasonado en el reloj, de tallar la hora, del descanso y en suspirar que jumbroso se ha escapado del pecho de todos los obreros: la jornada del día ha sido vacada otra vez más y de nuevo vuelve á reflejarse en sus rostros el natural regocijo que produce la plena convicción del deber cumplido.

Cesó el trepidar horrísono y constante de la maquinaria y el murmullo del centenar de obreros ha cesado también, dejándose oír por los ámbitos de la ancha nave, la atiplada voz del encargado, que en tono severo é imperativo de potestado, ha hecho no se qué advertencias relativas al comienzo de la precedente jornada.

Se han despojado de las mugrientas y deterioradas ropas que cubren sus carnes durante las rudas y pesadas faenas del día, que soportan con resignación santa sus desastrosos efectos, para vestir la aseada y pulcra vestimenta.

Cual si obedecieran á una fleu concisa y movidos por igual impulso han hecho cigarrillos y comenzado á lanzar grandes espirales de humo que flotando breves momentos por el corrompido ambiente del taller, esfúmase luego por entre sus grandes ventanales.

Un hasta mañana dado con énfasis y casi al unísono por los obreros al pasar por frente al regente y mal, ha sido el epilogo de la jornada y en desordenado tropel han abandonado la nave, partiendo en distintas direcciones en busca de ambiente sano, donde oxigenadas olas de aire, impregnen la viciada atmósfera y ensanchen así sus pulmones á la vez que fortalecer sus desequilibradas naturalidades.

Yo, luego que habéme despedido del jefe del establecimiento industrial, he seguido impávidamente los pasos á

dos de los obreros, que en su deambulación por el vasto espacio de la orilla del Muelle, en donde contemplan estáticos la salida del trasatlántico, frecuentemente conducen á su bordo dos ó tres veintenas de braceros, que emigran del suelo español á tierras lejanas en busca de lo que su madre Patria les negara.

Al par que veloz va desfilándose sobre la inmensa superficie del Mediterráneo el sombrío trasatlántico, dejando tras de sí negra y densa estela de humo, estos individuos, que enebriados, aún siguen observando las evoluciones del navío, han comenzado á charlar en tonos relativamente violentos, por lo que procuro, seguirles también, al fin, que sus pasos —el trascurso de la conversación.

—Urge—exclama uno de ellos excitado—que por los gobiernos se tomen eficaces y eficaces medidas, encaminadas á la pronta extirpación y de manera radical, de esa plaga que asola á España, cual sea de la emigración; que como ninguna nos arrebatara los braceros á miles de millares.

—Por muchas y eficaces que sean las medidas que adopten los gobiernos para terminar con el problema de la emigración, objetó su interlocutor amigo—¿crees tú que ellas pueden ser cordadas por el honjero éxito, sino les precede alguna de fin práctico, dilucidada con el sometimiento de grandes empresas de trabajo, en el que participen, como tantos y tantos obreros que hoy yacen en la más completa inacción?

El compañero amigo, que se ha abstenido por breves instantes de seguir emitiendo juicios y traslucir reflexiones ante tan categórica y razonada pregunta, enmudece y asiente con ligero movimiento de cabeza, á la lógica deducción de su interpelado.

La silueta del monstruo marino que momentos antes bifurcábase allá en lontananza, se ha perdido por completo de nuestra vista, internándose mar adentro, y los curiosos que han presenciado su salida, comienzan á dispersar...

Los dos obreros filósofos—que así debo adjetivarlos, pues no otra cosa han hecho que filosofar en el trascurso de su conversación, acerca de la capitalísima importancia que tiene para las naciones la emigración,—también retornan á la ciudad, no sonrientes y alegres como todos, sino tristes, visiblemente afectados, deplorándose en sus rostros marcada contrariedad, como si de ellos hubiera

dependido la prohibición de la marcha á lejanas tierras, de esas dos ó tres veintenas de seres emigrantes...

CALIXTO HUGUES.

Sol de Julio

Claro muy claro, como la luz purísima que emana radiante reverbero, es un sol que poniendo en ebullición la sangre roja que circula por nuestras venas, trae hasta nosotros los aires de los desiertos africanos, y sin darnos cuenta nos convierte en perfectos musulmanes, de fieros instintos é indolentes costumbres.

Las sierras cercanas reflejando sus rayos ardientes al batir con fuerza contra mármoles y granitos sus centelleantes ráfagas, los tonos blancos de nuestra indumentaria, la somnolenta actitud que en todos se advierte, nos transporta á lejanas regiones, nos hace soñar en los tranquilos jardines de Alcazaba mora, donde al compás de sonora cimitarra baila la esclava sugestiva danza, mientras en pebeteros se queman la mirra y el incienso, y murmuran cancones, al agua cristalina que coqueteando besa el pie de los jazmineros.

Sultanas son nuestras lindas mujeres, que con pasito corto, envueltas entre las gasas de múltiples colores, de sus graciosos chales pasean orgullosas, dejando tras sí raudales de ambrosía.

El sol vivificador enardeció sus almas y al ocultarse tras de las montañas, dejó con sus ardores saturado el ambiente, para que por unas horas puedan las niñas de disicados cutis, lucir sus cuerpos seductores, y llevar en sus rasgados ojos el último destello que en ellas despositó al perderse tras las inmensidades del horizonte.

Los recuerdos de un mes en que regaron con su sangre preciosa el suelo de la patria cientos de hombres hace sentir al alma nostalgias y tristezas, ansias de libertad, sed de venganza.

El sol de Julio enciende en nuestros pechos la hoguera del rencor del estermínio.

Pero como valla potente á los fieros instintos, se levantan las preciosas damitas, que botando resabios y amarguras, nos transportan á regiones de inefable dulzura y borran los pesares que el corazón oprime.

clamó.—Confieso que yo también quisiera ser rey por doce horas. Pero cuidado, Raséndil, con tomar su papel muy por lo serio. No me admira que Miguel el Negro pareciese hoy más negro y tético que nunca; visto que usted y la princesa parecían tener tantas cosas que decirse.

—¡Qué hermosa es!—exclamé.

—Prescindamos de ella—dijo Sarto.—¿Está usted pronto á partir.

—Si—contesté con un suspiro.

Eran las cinco, y á las doce volvería á convertirme en Rodolfo Raséndil, transformación á la cual me referí chanceándome.

—Y afortunado será usted—comentó Sarto—si á las doce no es el finado Roberto Raséndil. ¡Vive el cielo! No sentiré ni cabeza segura sobre los hombros mientras que se halle usted en la ciudad. ¿Sabe usted, amigo Raséndil, que el duque Miguel ha recibido hoy noticias de Zenda? Se retiró á una habitación, para leerlas; y al salir parecía aturdido.

—Estoy pronto—dije,—pintándome, me quedé puesto que nunca á prolongar mi permanencia en Estreleau.

—Tengo que excusar un permiso para que podamos salir de la ciudad—continuó Sarto, sentándose. Miguel es gobernador de la plaza, como ustedes saben; y hay que esperar que no nos dejarán

magnífico, de gran aizade, y el otro bayo, no menos fuerte y brioso. Sarto me indicó que montase en el primero, y sin decir palabra nos pusimos en marcha. Animada y bulliciosa estaba la ciudad, pero tomamos las calles menas, concurridas, cubiertas y la mitad del rostro con la capa y bien, calada la gorra para ocultar en lo posible mis delajeros cabellos.

Hallamos pocos transeúntes en nuestro tortuoso camino, y cuando llegamos á las murallas se oía todavía el tañido de las campanas que daban la bienvenida al rey. Era las seis y media y no había oscurecido aún.

—Mano al revólver—me dijo Sarto al acercarnos á una puerta. Si el guardia se da por entendido hay que cerrar la boca para siempre.

Empués mi arma, Sarto llamó y vimos acercarse á una chiquilla de trece ó catorce años. La suerte nos favorecía.

—Mi padre ha ido á ver al rey, señor oficial—dijo.

—Pues para eso mejor hubiera hecho en quedarse aquí—me dijo Sarto con sorna y á media voz.

—Pero me encargó que no abriese la puerta.

—¿Sí, eh?—dijo Sarto desmontando.—Rues dame la llave.

—No hay para qué recordármelo, coronel.—repuso Tarteln con altivez.

—Ahora, envuélvase usted en esta amplia capa—continuó Sarto dirigiéndose á mí, y póngase esta gorra de cuartel. Es usted mi ordenanza, que me acompaña esta noche al pabellón de caza que usted sabe.

—Hay un obstáculo—dije—y es que no existe caballo capaz de recorrer más de quince leguas conmigo áuestas.

—Por eso montará dos: uno aquí y otro en Zenda. ¿Estamos listos?

—Por mi parte lo estoy—contesté.

Tarteln me tendió la mano.

—Por el caso—dijo—y nos estrechamos la mano cordialmente.

—¡Nada de misterios!—gritó el coronel.—¡En marcha!

Pero en lugar de dirigirse á la puerta se acercó á la pared del fondo.

—En tiempo del viejo rey—dijo—hacíamos uso frecuente de este camino.

Le seguí y anduvimos cosa de doscientas varas por un estrecho corredor, hasta llegar á maciza puerta de roble, que Sarto abrió. Salimos y nos hallamos en una solitaria calle, á la que daban los jardines de la parte de atrás del palacio. Allí nos esperaba un hombre con dos caballos; uno alazán,